

LA DESNACIONALIZACIÓN DE LA PRÁCTICA DE LA CIENCIA:
LA ARQUEOLOGÍA FRENTE A SÍ MISMA

*DENATIONALIZING THE PRACTICE OF SCIENCE: ARCHAEOLOGY FACING
THE MIRROR*

PHILIP L. KOHL y CLARE FAWCETT (eds.). *Nationalism, politics and the practice of archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge, 1995, xii + 329 pp., con cuatro mapas. ISBN 0 521 48065 5 hardback, ISBN 0 521 55839 5 paperback.

MÁRGARITA DÍAZ ANDREU y TIMOTHY CHAMPION (eds.). *Nationalism and archaeology in Europe*. University College London Press. Londres, 1996, vi + 314 pp., con once ilustraciones. ISBN 1-85728-289-2 HB.

La nación, como principio rector de la vida de los habitantes de un territorio, apareció soslayando las diferencias de religión, estamento y clase para agruparlos en nuevos lugares sociales y simbólicos. La unidad por encima de las diferencias era el principio rector de esta nueva entidad que, por otro lado, tenía como características: a) la congruencia entre unidad nacional y política, y b) su situación jerárquicamente superior frente a cualquiera de las otras lealtades a las que un individuo podía adscribirse.

En este marco, el nacionalismo puede definirse como el principio que establece esa congruencia. Jaffrelot (1993) ha clasificado las teorías sobre el nacionalismo en tres conjuntos: aquél que hace énfasis en el nacionalismo como sentimiento ligado a la modernización en términos económicos y técnicos (dentro de este grupo la escuela del *Nation-building*); un segundo que considera a la nación como “dato” (estudios primordialistas, donde nacionalismo se hace sinónimo de etnicidad); y un tercero en el cual el nacionalismo es tomado como fenómeno (las ideas se conciben como agentes de la historia). Si acordamos con los modelos que analizan a la nación y al nacionalismo como “construcciones” de la época moderna, podemos acordar también en definir al segundo como sistema de ideas en el cual la nación se carga de contenidos sagrados. Parte de éstos se relaciona con su invención, la fragua de un origen, de héroes anónimos o identificables y de mitos/hitos que inevitablemente contenían o presagiaban un destino que no era otro que el que conducía a la aparición de la nación.

En ese mismo marco puede entenderse la escritura de la historia como búsqueda de antecedentes: el pasado se interpreta como huella de lo que vendrá, un gesto típico de algunos de los intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX para quienes los actos de la Historia cobraban sentido en función del fin que estaban cumpliendo.

La reflexión teórica sobre el nacionalismo no es nueva y puede rastrearse casi tan atrás como la constitución de las nuevas entidades políticas que en el siglo XVIII empezaron a aparecer con el nombre de naciones (Hobsbawm, 1990: 1-5) (1). Pero como Hobsbawm (1990) también ha señalado, es a partir de 1968 y con los

(1) Hobsbawm (1990) ha dado una guía de las principales obras que serían insoslayables para la historiografía del nacionalismo. Como punto inicial coloca a Walter Bagehot (Londres, 1887) *Physics and Politics*; John Stuart Mill (Londres, 1861) *Considerations on representative government*; Ernst Renan (París, 1882), *Qu'est ce que c'est une nation?*, los debates de la Segunda Internacional (Kautsky, Luxemburgo, Bauer y Lenin) acerca de lo que Otto Bauer llamó *Die Nationalitätenfrage* (la cuestión nacional), *El marxismo y la cuestión nacional y colonial* de J. Stalin. Estas obras representan un tipo de reflexión teórica sobre el nacionalismo pero cuyo campo de acción era la práctica política. Por otro lado, es después de la primera guerra mundial que emerge el estudio académico del nacionalismo con los trabajos de Carleton Hayes (Nueva York, 1931), *The historical evolution of modern nationalism* y Hans Kohn (Nueva York, 1944), *The idea of nationalism. A study in its origin and background*.

trabajos de Miroslav Hroch (2) en Praga, cuando se abre una nueva era en los análisis de la composición de los movimientos de liberación nacionales. A partir de entonces se han ido agregando obras que, a fines de la década de 1990, pueden considerarse emblemáticas. Entre ellas, Anderson (1983), Gellner (1983) y Cole y Wolf (1974). También es cierto que muchos de estos libros fueron escritos antes de la disolución de la Unión Soviética y que el contexto en el que hoy han cobrado tanto sentido no era el que existía en el momento de su publicación (3).

Por lo menos en Europa, la década de 1980 parece ser aquella en la cual, en el campo de la administración del Estado, se instaló la idea de las autonomías regionales y del refuerzo de las identidades más pequeñas que el Estado-nación. Asimismo, del otro lado del Atlántico, en Nicaragua se planteaba el problema de la relación entre un Estado-nación revolucionario y las comunidades étnicas que no se sometían al imperio de la revolución y, menos aún, a los límites de las naciones centroamericanas (4). En América Latina, la misma década presenció el derrumbe de las dictaduras militares. Muchos de los proyectos políticos que las sucederían trataron de definir principios aglutinantes de la sociedad que se opusieran a los que habían regido hasta entonces, entre ellos una búsqueda de la unidad iberoamericana.

Pero, a partir de la desintegración de la Unión Soviética, el nacionalismo como principio de autoafirmación cobró nueva fuerza en zonas del planeta donde el mismo se había subsumido en otro mayor como el internacionalismo, la amistad entre los pueblos y la solidaridad obrera. No solamente aparecieron nuevas fronteras en los mapas, sino que a este fenómeno le siguió un abundante bibliografía. En el Reino Unido –o quizás debería decirse en el mundo editorial anglosajón–, los trabajos ya citados se transformaron en los nombres insoslayables de cualquier intento de acercarse al problema. La bibliografía que surgió trascendió el campo de las ciencias políticas y de la filosofía para empezar a buscar relaciones entre el nacionalismo y la vida cotidiana del ciudadano. La práctica de los arqueólogos no ha quedado ausente de estos análisis.

De esta manera, entre 1995 y 1996 aparecieron por lo menos dos libros que se centraban en la relación entre la práctica de la arqueología y el nacionalismo. Uno, publicado en Estados Unidos por Cambridge University Press por Philip L. Kohl y Clare Fawcett (1995) tuvo su origen en un simposio sobre este tema realizado en el congreso anual de la American Anthropological Association (AAA), Chicago en 1991. En este volumen se analizan las arqueologías de Europa y de Asia oriental, aunque no todos los capítulos se refieren a un país. Los editores fundamentan el libro en la explosión de conflictos nacionalistas de los últimos años y definen el fenómeno que van a analizar según el concepto de arqueología nacionalista de Trigger y Glover (1981) sosteniendo que «puede postularse que existe una relación natural o insoslayable (*unavoidable*) entre arqueología y nacionalismo que no necesariamente es corrupta o sospechosa». Asimismo consideran que –frente a los mencionados conflictos– es necesario desmitificar creencias nacionalistas peligrosas y no caer en el relativismo extremo. En esta edición se publican trece casos de estudio clasificados por los editores según tres regiones: Europa occidental (España, Portugal, Alemania y dos capítulos temáticos, uno sobre la oposición civilización-barbarie en la arqueología europea, otro sobre el eco-feminismo en la arqueología indo-europea), Europa oriental y Eurasia (sudeste de Europa, la arqueología soviética de las décadas de 1930 y 1940, la arqueología rusa post-soviética, el Cáucaso), y Asia oriental (China, Corea y Japón). Cerrando el volumen, los comentarios de Neil Silberman y Bruce Trigger añaden una visión global y compleja del problema.

El segundo volumen, editado en el Reino Unido por University College London (UCL) Press por Margarita Díaz Andreu y Timothy Champion (1996) es un proyecto independiente fundado en lo que los editores denuncian como silencios frente a las preguntas que están surgiendo en el mundo contemporáneo. Este volumen se concentra en las arqueologías de Europa y cada uno de sus capítulos está dedicado a un país según las fronteras actuales del mismo. Uno de sus objetivos principales es demostrar que «el nacionalismo ha tenido su peso no sólo en la interpretación arqueológica de un período definido de la historia alemana o italiana o de la arqueología colonial, sino que está profundamente imbricado con el concepto de arqueología, su institucionalización y desarrollo». Además de la introducción de los editores y el epílogo de Miroslav Hroch, los doce capí-

(2) Las obras de Hroch fueron publicadas en inglés en 1985 en Cambridge como *Social preconditions of national revival in Europe*.

(3) Anderson (1994: xi), con evidente tono de asombro, comenta en el prólogo de la segunda edición de su libro: «Who would have thought that the storm blows harder the farther it leaves Paradise behind? The armed conflicts of 1978-79 in Indochina, which provided the immediate occasion for the original text of *Imagined Communities*, seem already, a mere twelve years later, to belong to another era. Then I was haunted by the prospect of further full-scale wars between the socialist states. Now half these states have joined the debris at the Angel's feet, and the rest are fearful of soon following them. The wars that the survivors face are civil wars. The likelihood is strong that by the opening of the new millennium little will remain of the Union of Soviet Socialist Republics except... republics. Should all this have somehow been foreseen?»

(4) El ejemplo paradigmático se refiere a lo sucedido con los Miskitos en la Costa Atlántica de Nicaragua y Honduras. Al respecto son interesantes: Sin Autor (1988), Díaz Polanco (1988) y Jenkins (1989).

tulos que componen el libro analizan los siguientes casos: Dinamarca en el siglo XIX, Francia, la arqueología islámica en España, Portugal, Italia, Gran Bretaña, Irlanda, Alemania, Polonia, Rusia, Lituania y Eslovenia.

Estos libros conjugan en realidad los tres modelos que define Jaffrelot porque, aunque de los editores no puede decirse que adopten un modelo primordialista, algunos de los capítulos parecen adscribirse a la idea de la nación como “dato” (como el capítulo sobre Lituania de Puodziūnas y Girininkas en Díaz Andreu y Champion). Sin embargo, casi todos los capítulos oscilan en marcos que responden al modelo de la nación como construcción y el nacionalismo como fenómeno.

Los capítulos de Sørensen sobre Dinamarca, de Wiwjorra sobre Alemania y de Fabião sobre Portugal (todos en Díaz Andreu y Champion) así como el de Lillios dedicado a la Edad del Cobre en Portugal en Kohl y Fawcett, muestran cómo el pasado ha suministrado símbolos a diversos proyectos políticos. Los textos de Díaz Andreu (que tratan sobre España en ambos volúmenes) tienden a demostrar cómo la diversidad cultural ha tendido a ser anulada en pos de una historia única que excluyera sistemáticamente las voces disidentes. La idea de una unidad de destino que tiene su origen en tiempos remotos, también es analizada en el capítulo de Nelson sobre Corea. Los reclamos territoriales que recurren a la evidencia arqueológica o a su destrucción se presentan en los capítulos de Kohl y Tssetskhladze sobre el Cáucaso y el de Kaiser sobre los Balcanes. En resumen, los trabajos de ambos volúmenes insisten en los siguientes tópicos: intelectuales co-optados por el Estado (las dictaduras como caso extremo), Estados que ignoran a la investigación arqueológica, y proyectos políticos que recurren, entre otras fuentes, a ciertos elementos que se derivan de la práctica de la arqueología para definir símbolos/héroes de referencia.

Más allá de los casos específicos, considero que de ambos libros se desprenden varios temas importantes. Un primer punto a destacar es la intención de desvelar una relación que se naturalizó a lo largo del proceso de institucionalización de las ciencias: aquella que puso a los científicos e intelectuales al servicio del Estado. Los análisis historiográficos muestran la entrada de la arqueología a los patrones de la esfera pública de la modernidad.

Como señala Hroch en su comentario, existen determinados pautas científicas internacionales que los campos disciplinarios tienen que respetar: algo cierto tanto para el presente como para el pasado de la propia arqueología y que en los textos se pierde por el énfasis en lo nacional. Los sistemas científicos que se empezaron a establecer en el siglo XIX cobraban utilidad nacional si los contenidos locales adoptaban la forma retórica y visual de presentación aceptada internacionalmente. La expansión del capitalismo y la creación de mercados también significaban la circulación de instrumental y libros científicos, de saberes y metodologías, así como de lugares de encuentro y del mismo ritual del evento académico. En suma, la aparición del arqueólogo como especialista con un código común y específico. Ya fuera a través de las universidades o de los museos, a principios de siglo XX tal especialidad ya había sido creada y asumida por los Estados nacionales con proyectos modernizadores. Con esto quiero decir que en la institucionalización de la arqueología hay dos caras inseparables la una de la otra: salvo en proyectos de clausura interior, la ciencia nacional no podía plantearse sino como carta de presentación internacional.

En la introducción de Díaz Andreu y Champion, se plantea la pregunta «¿cómo interpretar esta politización de la arqueología?», refiriéndose tanto al resurgimiento del nacionalismo en la arena política –y por lo tanto en la arqueología– como a la pérdida de la creencia en la objetividad en la interpretación del pasado. Como parte de la respuesta, subrayan que la arqueología de ningún país ha quedado totalmente libre de la influencia nacionalista, dado que ésta ha sido la teoría dominante en el ordenamiento político del mundo –subrayaría que también del mercado– en los últimos doscientos años.

De este mismo objetivo surgen también varias preguntas que se le podrían formular a ambos libros: ¿cuál es el sujeto cuando se habla de la relación nacionalismo-práctica de la arqueología?, ¿cuáles son los términos que pueden definir esta relación?

Kohl y Fawcett colocan el acento en los arqueólogos y su relación laboral de dependencia con el Estado, en lo que ellos llaman «los arqueólogos al servicio del Estado». Trigger, en su comentario final, sostiene que el nacionalismo aparejó el abandono del evolucionismo para documentar e interpretar el registro arqueológico de pueblos específicos. Sin desestimar el potencial papel positivo de las arqueologías étnicamente inspiradas, los editores acuerdan con el comentarista en que el problema surge frente a los abusos de las plataformas de ciertos movimientos políticos y de ciertas naciones-Estado. Si los arqueólogos dependen laboralmente de estos programas políticos es predecible que se pongan al servicio del Estado y se identifiquen con él. Esto acarrea para los individuos la consiguiente pérdida de independencia y el riesgo de quedar en evidencia frente a los cambios políticos abruptos. Kohl y Fawcett plantean que la arqueología es una disciplina que parece estar a la espera de ser interferida por el Estado. O, en otras palabras, el arqueólogo quiere y desea ser empleado (en el sentido laboral) por el Estado. Entonces, un primer punto para anclar el análisis se define no a partir de los símbolos sino por la situación generada por el trabajo del arqueólogo.

T. P., 54, n.º 1, 1997

Por otro lado, para Kohl y Fawcett la respuesta acerca de quiénes son los sujetos de esta relación también puede buscarse en la constitución de los grupos intelectuales que crean –y creen en– la nación y tratan de hacerla creíble. El despertar nacional está asociado a movimientos políticos que se orientaban a la construcción de naciones-Estado independientes o a lograr un mayor grado de autonomía dentro de esos Estados. En estos casos, los historiadores y/o arqueólogos ligados a estos movimientos actuaron como proveedores de materia prima. Para Kohl, el nacionalismo es algo diferente a la etnicidad y debe ser entendido como un fenómeno histórico asociado a la emergencia de una *intelligentsia* nacionalista articulada que recurre a los nuevos medios de comunicación de masas que surgen en la era moderna. Aquí se puede hallar un segundo eje: para analizar esta relación hay que observar el surgimiento y los conflictos del campo intelectual en la modernidad.

Este punto, con respecto a la arqueología europea, se deshoja en la introducción de Díaz Andreu y Champion, en lo que ellos consideran un primer intento de sistematizar las fases que atravesó la relación entre nacionalismo y arqueología. Hubiese sido interesante analizar los lugares cambiantes de los arqueólogos con respecto a los grupos intelectuales, por lo menos historiadores y teóricos de la política.

Los dos libros que aquí se reseñan comparten también la búsqueda de una explicación del desinterés de décadas anteriores hacia este tipo de reflexión. Kohl y Fawcett consideran que mientras en la arqueología norteamericana preprocesual era un dato, la arqueología de cuño procesualista tendió a negar al sujeto cognoscente y por consiguiente cualquier intento por analizar las marcas de éste en la investigación. A su vez, Kohl y Fawcett afirman que la arqueología postprocesual no da las herramientas necesarias para determinar en qué casos se debe aplaudir la construcción conciente de un orgullo nacional y en cuáles condenar el chauvinismo excesivo. El capítulo de David Anthony –tomando como caso de referencia el eco-feminismo– hace énfasis en lo mismo. Los editores sugieren no perder de vista las siguientes guías: a) la construcción del pasado nacional de un grupo no debe hacerse a expensas de otros; b) todas las tradiciones culturales merecen respeto, y c) no abandonar el reconocimiento de la existencia de una humanidad común.

Otro punto que me gustaría destacar –y que no se subraya lo suficiente en los textos– es que la legitimidad del presente o de un proyecto político no necesariamente tiene o tuvo que recurrir a la historia o al pasado. Más aún, muchas de las revoluciones se hicieron en nombre del futuro y de identidades que se anclaban en el porvenir resultantes del cambio. No es del todo correcto sostener que los proyectos de identidad se fundan en el peso del pasado: el concepto de vanguardia –tan utilizado en política como en el arte– refutaría por sí solo esta idea (Williams, 1989). Para el caso de la arqueología y de la investigación arqueológica, varios de los capítulos de ambos libros señalan que Estados fuertes, no necesitaron de ellas para afianzarse. Y lo contrario, según Schnapp (en Díaz Andreu y Champion) los arqueólogos franceses del XIX se resistieron a la co-optación de las sociedades científicas en aras de permanecer independientes.

Por otro lado, los usos de la historia no siempre estuvieron orientados hacia el nacionalismo. En el libro de Kohl, los capítulos referidos a Portugal y el de Shnirelman con respecto a la ex Unión Soviética nos lo recuerdan. Y al mismo tiempo nos alertan sobre la multiplicidad de retóricas que sobre el pasado (como el capítulo de Wiwjorra demuestra con un excelente trabajo historiográfico) se pueden originar en un mismo país en la misma época según los destinatarios a los que se dirige la presentación de la historia. No es lo mismo la presentación de la historia en aras de las relaciones internacionales (que enfatizará conflictos o solidaridades según las coyunturas), que orientada hacia la creación de una conciencia de grupo (tampoco es lo mismo si se trata de la imposición de la identidad de un grupo sobre la de otro), o presentada a una audiencia académica. No quiero dejar de mencionar la distinción de Fabião entre la producción académica y la apropiación de la misma por parte de otras esferas que no necesariamente los científicos pueden controlar. De todos modos, en una misma sociedad pueden circular retóricas aparentemente contradictorias entre sí, aún en boca del mismo individuo. La pregunta que vuelve a surgir es ¿quién es el autor de las mismas?

Por otro lado, también me parece necesario recalcar que a veces se hace difícil subsumir o tratar de explicar las historias de la ciencia por las políticas nacionales: es más general que los grupos políticos académicos se unan en coaliciones de poder diferentes a las que marcan los rumbos en otras esferas y que las disputas se reduzcan a los espacios en la esfera específica institucional. Como señala Silberman en su comentario, el oportunismo político establece en la retórica de las justificaciones conexiones obvias con la política no académica. Pero no olvidemos que una regla de oro de la antropología –y del psicoanálisis– consiste en que las explicaciones del nativo a sus propias acciones no son las explicaciones que el antropólogo busca. Ni las que sirven para entender por qué un grupo actúa como lo hace. Peligro que se puede sortear, como muchos de los capítulos lo logran, haciendo historia recurriendo a fuentes primarias. Trabajar sólo con las secundarias es olvidar las voces divergentes a los proyectos que se impusieron y reproducir de esta manera la idea de una sociedad o de un grupo trabajando sin fisuras ni conflictos.

Asimismo, en ambos libros se hace evidente que la arqueología no ha sido la disciplina de referencia desde

donde han surgido los análisis. Dos nombres son recurrentes: el de Childe y el de Trigger. En Kohl y Fawcett, aparece también, pero como fuente de potenciales peligros, el nombre de los principales abanderados de lo que ellos mismos (Hodder, 1986) han llamado postprocesualismo y que no es más que la recepción en el campo de la arqueología británica de las obras traducidas de los estructuralistas y postestructuralistas franceses de las últimas tres décadas.

Como comentario final quisiera mencionar –acordando con Silberman– el contexto en que se enmarca la práctica contemporánea de la arqueología y de las ciencias en general. En los últimos años la investigación científica fue alcanzada por el impacto de la crítica a las humanidades y a las ciencias en general. Esto ha desembocado, entre otras cosas, tanto en la disminución del apoyo económico como en la falta de seguridad de los mismos científicos. Asimismo, la idea de subsidiaridad ha ido ganando más y más adeptos no sólo entre los equipos políticos sino también dentro de las comunidades científicas. Las menciones públicas de parte de los administradores del Estado a la falta de “utilidad” de las ciencias sociales “tradicionales” –como la historia, la antropología, la arqueología y la filosofía– ya no llaman la atención. Pero, resulta más extraño que tal idea fuera aceptada con cierto conformismo por parte de los afectados. A la vez que la mayoría de los países contemporáneos ha llevado al mínimo los presupuestos públicos, muchos científicos han empezado a aceptar el cuestionamiento al gasto en la investigación y en la práctica intelectual. De ahí a intentar colocar a nuestras disciplinas en el mundo del mercado no media más que un paso que, muchos, ya han dado.

La tesis que establece que la productividad depende del uso de la ciencia y la tecnología es una idea universalmente aceptada. De la inversión social en la investigación se prevee el crecimiento económico (Etzkowitz, 1994: 265). La capitalización del conocimiento, la transformación de la ciencia en bienes económicos, no es una novedad. Pero, lo novedoso reside en la intensificación de este proceso y en que la capitalización del conocimiento haya alcanzado a disciplinas y a instituciones académicas antes no involucradas, por ejemplo, la historia y las ciencias sociales cuyos resultados nunca antes habían sido percibidos desde su utilidad. Por el contrario, su papel en la sociedad era necesario más allá de potenciales usos pragmáticos y su significado e importancia residía en niveles simbólicos, entre ellos los que se analizan en estos volúmenes sobre el nacionalismo y la práctica de la arqueología.

El estudio de la historia y del pasado casi se planteó al mismo tiempo que el problema de su enseñanza tanto a niveles generales como respecto a la formación de los historiadores. A fines de siglo, un español preocupado por la institucionalización de la historia, afirmaba que había dos objetivos para estudiarla: a) el amor a la historia misma (5), y b) razones políticas o de patriotismo, en lo que se confundía con la instrucción cívica (Altamira, 1894: 1-2). A fines del siglo XX parece que el amor a la historia no alcanza para ser co-optado por el Estado. Como afirma Silberman, la industria del placer y del ocio están por ocupar su lugar.

En suma, ambos volúmenes no sólo tienen el valor de iniciar un nuevo campo de reflexión dentro del arqueología sino que también estimulan una discusión necesaria en este momento donde campean las visiones fundamentalistas y donde la desnacionalización más que a la pérdida de contenidos nacionalistas podría conducir a transformar el pasado en un parque de atracciones.

AGRADECIMIENTOS

Le agradezco a José Antonio Pérez Gollán la lectura atenta del manuscrito y sus múltiples sugerencias. Mucho antes de la escritura de estas páginas M.^a Isabel Martínez Navarrete, me había prestado bibliografía que aquí menciono. De todos modos, la responsabilidad de lo que escribo no se transmuta a ninguno de ellos.

IRINA PODGORNÝ
CONICET/ Universidad Nacional de La Plata
Departamento científico de Arqueología del Museo de La Plata
Paseo del Bosque s/n 1900
La Plata
Argentina
Correo electrónico: podgorny@criba.edu.ar

(5) El amor a la historia significaba a la formación, con la mayor certeza posible, de conocimientos relativos a un cierto orden de la realidad. Residiendo la importancia de estos conocimientos en su enlace con cuestiones inmediatas y actuales para el conocedor en tanto hombre y ciudadano, las mismas estaban constituidas por: aspiraciones políticas, apreciación del carácter nacional en cuanto elemento para toda obra común, el amor y aún las preocupaciones de patria y raza.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, R. (1894): *La enseñanza de la historia*. Victoriano Suárez. Madrid.
- ANDERSON, B. (1994): *Imagined Communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*. Verso. Londres. 1ª ed. 1983.
- COLE, J. y WOLF, E. (1974): *The hidden frontier: ecology and ethnicity in an Alpine Valley*. Academic. Nueva York.
- DÍAZ POLANCO, H. (1988): *La cuestión étnico-nacional*. Fontamara. México.
- ETZKOWITZ, H. (1993): "Redesigning 'Solomon's house': the University and the internationalization of science and business". En E. Crawford, T. Shinn y S. Sörlin (eds.): *Denationalizing science. The contexts of international scientific practice*. Sociology of the sciences, 16. Papers presented at the Sociology of Sciences Yearbook Conference (Abisko, Sweden, 1991). Kluwer Academic. Dordrecht: 263-288.
- GELLNER, E. (1983): *Nations and nationalism*. Basil Blackwell. Oxford.
- HOBBSAWM, E. (1990): *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HODDER, I. (1986): *Reading the past*. Cambridge University Press. Cambridge.
- JAFFRELOT, Ch. (1993): "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo. Revisión crítica". En G. Delannoï y P. Taguieff (comp.) (1993): *Teorías del nacionalismo*. Paidós. Barcelona: 204-254.
- JENKINS, J. (1989): "Los miskitos y la autonomía regional". *Boletín de Antropología Americana*, 19: 119-129. México.
- SIN AUTOR (1988): "Estatuto de autonomía de las regiones de la Costa Atlántica de Nicaragua". *Boletín de Antropología Americana*, 17: 157-167, México.
- TRIGGER, B. e GLOVER, I. (eds.) (1981): *World Archaeology*, 13 (2): 133-7
- WILLIAMS, R. (1989): *The politics of modernism. Against the new conformists*. Verso. Londres.

M. ANGELES QUEROL y BELÉN MARTÍNEZ DÍAZ. *La Gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Alianza Universidad Textos 161. Madrid, 1996, 438 pp., 1 disquete 3,5". ISBN: 84-206-8161-X.

Durante las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, todos los países europeos adoptaron algún tipo de legislación dedicada a la protección de su Patrimonio arqueológico, creándose Servicios de Antigüedades que trabajaron para conseguir resultados prácticos en la aplicación de tales normativas. Sin embargo se trataba de Servicios muy restringidos, formados tan sólo por universitarios procedentes de los campos de la Historia, la Historia del Arte, de los estudios clásicos o, mucho más raramente, de la Arqueología. La restauración de la paz mundial en 1945, encontró a muchos países arrasados por la guerra, comenzando entonces un periodo de febril reconstrucción. Con muy pocas excepciones, como las de la *city* de Londres o la ciudad de Colonia, la investigación arqueológica que se llevó a cabo en aquellos devastados centros urbanos fue muy escasa. Como consecuencia, fue mucho lo que se perdió, debido en parte a las presiones políticas y económicas, y en parte también porque aquellos Servicios de Antigüedades estaban lejos de contar con la infraestructura y los recursos adecuados.

Con la llegada de los años sesenta, buena parte de la economía mundial pasó de la reconstrucción a una fuerte expansión social y económica. El enorme crecimiento de las infraestructuras y de las industrias supuso una nueva planificación global de los entornos urbanos y rurales, tanto en los principales países europeos como en Norteamérica y Japón. El nuevo desarrollo de los centros urbanos, las industrias extractivas, la construcción de autopistas y las prácticas de agricultura a gran escala fueron algunos de los factores determinantes de una violenta e irreversible amenaza contra el Patrimonio, tanto natural como cultural. El acelerado ritmo de todas estas actividades alcanzó tal resonancia que produjo una fuerte reacción, a nivel nacional e internacional, contra lo que fue considerado como un «holocausto medioambiental».

Por lo que respecta al Patrimonio arqueológico, el movimiento para su futura salvaguarda comenzó a ambos lados del Atlántico a principios de los setenta. La aprobación en 1974 del Acta Federal de Conservación arqueológica e histórica por el Congreso de los Estados Unidos, significó un momento de inflexión en este vasto

país. Este estatuto exigía dedicar a la investigación arqueológica una suma no superior al 1% en todos los proyectos realizados en territorios federales, o sufragados por el Gobierno Federal. El enorme incremento que se produjo en el volumen de los trabajos y las excavaciones arqueológicas superó con creces las posibilidades de los Servicios existentes, muchos de ellos conectados con las universidades y los museos. Apareció entonces un nuevo grupo de profesionales de la Arqueología, organizados en compañías privadas, en lo que se ha denominado «Arqueología contractual» o «Arqueología pública». La comunidad arqueológica de los Estados Unidos tomó conciencia inmediatamente de las implicaciones éticas y profesionales de este nuevo campo de la Arqueología, a la que se le otorgó el nombre, en cierta manera equívoco, de «gestión de los recursos culturales» (Cultural Resource Management o CRM).

Ya a finales de los sesenta, los arqueólogos que trabajaban en el Reino Unido habían reconocido la enorme destrucción de bienes arqueológicos que se estaba produciendo en las ciudades históricas británicas. Un trabajo fundamental publicado por el Consejo Británico de Arqueología (Heighway, 1973) puso de manifiesto la dramática escala de la pérdida potencial de información arqueológica. Por aquellos mismos años, una campaña intensiva de construcción de autopistas amenazó con afectar a varios cientos de kilómetros cuadrados de regiones arqueológicamente muy ricas, por lo que profesores universitarios y arqueólogos no vocacionales llevaron a cabo actuaciones de urgencia consistentes en prospectar y documentar aquella gran cantidad de yacimientos antes de que desaparecieran bajo el avance de las máquinas constructoras. El gobierno del Reino Unido reaccionó positivamente, de forma que la cantidad de dinero destinado a la «Arqueología de rescate» aumentó diez veces a lo largo de dos años. Al igual que en los Estados Unidos, estas actividades dieron lugar a la aparición de un nuevo tipo de arqueólogos y de equipos arqueológicos independientes. En ambos países se dieron los primeros pasos para establecer cuerpos profesionales adecuadamente regulados que aseguraran el mantenimiento de unos estándares apropiados: la Sociedad de Arqueólogos Profesionales (Society of Professional Archaeologists -SOPA-) en los Estados Unidos, y el Instituto de Arqueología de Campo (Institute of Field Archaeologists -IFA-) en el Reino Unido.

Los problemas que se pusieron de manifiesto en este nuevo plano no fueron específicos de los países anglosajones, pero fueron ellos los que iniciaron en esta vía al resto del mundo. En 1985 se añadió una dimensión internacional, cuando el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) creó el Comité Internacional de Gestión del Patrimonio Arqueológico (ICAHM: Biömstad 1989), iniciador del uso de ese término para describir este campo de actividad. Este Comité fue el responsable de la redacción de la Carta de Protección y Gestión del Patrimonio Arqueológico, aprobada por el ICOMOS en su Asamblea General de Lausana, en 1990. Este es el texto doctrinal básico para esta nueva esfera de actividad arqueológica, y las autoras del libro que estoy reseñando la describen, generosamente, como «el texto más completo e interesante que existe para la gestión del (Patrimonio arqueológico), y recoge todas las preocupaciones modernas por este tema».

A pesar de que ya en los años ochenta se observa un reconocimiento general de la existencia de una nueva profesión, la literatura disponible sobre ella es, hasta la fecha, muy escasa. La mayoría, además, está escrita en inglés y se basa en las experiencias del Reino Unido o de los Estados Unidos (p.e. McGimsey, 1972; King *et alii*, 1977; Schiffer y Gumerman, 1977; Hunter y Ralston, 1993). Sólo los dos libros editados por el autor de esta recensión (Cleere, 1984 y 1989) han intentado ofrecer una perspectiva internacional sobre la gestión del Patrimonio arqueológico. El libro de Querol y Martínez Díaz debe considerarse, por lo tanto, un feliz complemento (y el primero en español), sobre todo porque trata de forma excepcional tanto las cuestiones generales como la situación particular de España.

La primera parte puede definirse como el primer análisis profundo publicado sobre las relaciones entre la arqueología y el Patrimonio arqueológico. El capítulo 2, titulado «El Patrimonio arqueológico como producto de la arqueología», entra de lleno en esta materia. Es importante señalar que las autoras no consideran la gestión del Patrimonio como una derivación de la disciplina académica de la Arqueología como muchas otras veces se ha hecho. El caso de Polonia durante el periodo comunista puede servir como lección. Los arqueólogos de las universidades y del Instituto para la Historia de la Cultura Material, que trabajaban sólo en excavaciones de exclusiva investigación, trataron a sus colegas de la Organización Estatal para la Conservación, la PKZ, que estaban trabajando en la gestión del Patrimonio, como intelectuales de segunda clase. Como resultado, surgieron sentimientos de inferioridad y resentimientos de los últimos respecto a los primeros. Las autoras defienden aquí una opción más constructiva -además de más exacta- considerando ambas como profesiones complementarias, dependientes una de otra para su supervivencia, y coordinadas por unos objetivos comunes que los ligan de forma indisoluble.

Este es, sin duda, un libro que debe ser leído por políticos, administradores y creadores de opinión a todos los niveles en España, así como por arqueólogos y gestores del Patrimonio. La descentralización del estado español, iniciada con la aprobación de la Constitución vigente, ha producido enormes discrepancias y anomala-

T. P., 54, n.º 1, 1997

lías en el diseño y la práctica de la gestión del Patrimonio Arqueológico, lo que sólo puede ser perjudicial para el enorme Patrimonio arqueológico español. La necesidad de una política concertada entre el gobierno central y las Comunidades Autónomas, y entre éstas entre sí, es un tema destacado y repetido por las autoras. Además, esa necesidad existe a todos los niveles. Muchos de los trabajos realizados se han llevado a cabo sobre la marcha, sin haber llegado a formar parte de una política global que tenga en cuenta el equilibrio entre los imperativos sociales, económicos y científicos. En todo caso, toda esta política debe derivarse de las necesidades que presenta el Patrimonio, tal y como las autoras señalan en uno de sus muchos ingeniosos y agudos comentarios, «la política debe estar al servicio del Patrimonio, y no el Patrimonio al servicio de la política».

Las autoras también insisten en la necesidad de una cooperación más estrecha entre las administraciones y los grupos responsables de la protección y la gestión de los dos aspectos del Patrimonio, el cultural y el natural. España no está sola en este problema: Dinamarca es el único país europeo en el que existe una política integrada para la protección y gestión del Patrimonio natural y cultural, desarrollada por colegas que trabajan en una administración unificada. La imposibilidad de una gestión efectiva del Patrimonio, considerándolo de forma aislada, queda también muy remarcada por las autoras cuando explican cómo los gestores del Patrimonio arqueológico deben trabajar en estrecha colaboración con sus colegas responsables de otros servicios como obras públicas, planificación, turismo y educación.

Buena parte de esta fragmentación se debe a los distintos conceptos que sobre el Patrimonio tienen los legisladores, los administradores y el público en general. Para que cualquier gestor del Patrimonio pueda sacar adelante su trabajo de forma efectiva, debe asegurarse de que la opinión pública está de su parte. El público debe conocer la importancia, tanto del Patrimonio Monumental como del subterráneo, a través de todos los medios de comunicación. Los trabajos arqueológicos no deben ser vistos como operaciones científicas arcanas de las que el público debe ser excluido debido a su falta de formación académica. En realidad, cuando el público se haya convencido de la importancia de la protección y de la gestión del Patrimonio, los legisladores y administradores lo tendrán todo más fácil. La necesidad fundamental e ineludible de tratar al público como seres inteligentes ha sido resumida con simplicidad por las autoras con una frase de gran impacto: «Para proteger, hay que valorar. Para valorar, hay que conocer. Para conocer, hay que educar e informar».

Este libro es también un valioso análisis de las necesidades de los propios gestores del Patrimonio arqueológico. La Asociación Profesional de Arqueólogos de España (APAE) ha ofrecido un código ético esencial para los profesionales que trabajan en la gestión del Patrimonio y en la Arqueología. Sin embargo, dentro del sistema español, continúa siendo necesario un mayor reconocimiento oficial antes de que los arqueólogos puedan situarse en pie de igualdad con los legisladores, los arquitectos y otros profesionales. Las largas luchas entre los prehistoriadores y los arqueólogos, que resultan extrañas para los que nos hemos educado en la tradición anglosajona, necesitan resolverse cuanto antes en los ámbitos universitarios españoles, de forma que la gestión del Patrimonio arqueológico pueda encontrar su lugar dentro de la Arqueología, entendiéndose ésta como una disciplina científica integrada.

En esta breve revisión es imposible resaltar cada uno de los aspectos de este admirable libro, uno de los más completos que se han escrito sobre este tema tan sometido a cambios. Está lleno de perspicacia y de sabios consejos, y al mismo tiempo incorpora informaciones prácticas sobre la legislación y la organización. Es de desear fervientemente que este libro tenga el impacto que merece en los profesionales, legisladores, administradores, educadores y medios de opinión, de forma que cuando aparezca una nueva edición dentro de diez años, la gestión del Patrimonio arqueológico en España pueda ser un modelo para el resto del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- BIÖRNSTAD, M. (1989): «The ICOMOS International Committee on Archaeological Heritage Management». En H. Cleere (ed.): *Archaeological heritage management in the modern world*. One World Archaeology, 9. Unwin Hyman. Londres: 70-75.
- CLEERE, H. (ed.) (1984): *Approaches to the archaeological heritage*. Cambridge University Press. Cambridge.
- (1989): *Archaeological heritage management in the modern world*. One World Archaeology, 9. Unwin Hyman. Londres.
- HEIGHWAY, C. (ed.) (1973): *The Erosion of History: Archaeology and Planning in Towns*. Londres.
- HUNTER, J. y RALSTON, I. (eds.) (1993): *Archaeological Resource Management in the UK: An Introduction*. Stroud.
- KING, T.F.; HICKMAN, P.P. y BERG, G. (1977): *Anthropology in Historic Preservation: Caring for Culture's Clutter*. Academic Press. Nueva York.

T. P., 54, n.º 1, 1997

McGIMSEY, C.R. (1972): *Public Archaeology*. Seminar Press. New York-London..

SCHIFFER, M.B. y GUMERMAN, G.J. (1977): *Conservation Archaeology: A Guide for Cultural Resource Management Studies*. Academic Press. New York.

HENRY CLEERE
World Heritage Coordinator
ICOMOS
49-51 Rue de la Fédération
F-75015 París

GUSTAVO G. POLITIS: «*Nukak*». Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas - SINCHI, Santa Fé de Bogotá. 1996, 426 pp., 2 mapas, 95 láms. ISBN: 958-95379-8-7.

La limitación de espacio a que se ve sometido un comentario de estas características me obliga a resumir muy sucintamente las abundantes reflexiones que puede suscitar el estudio etnoarqueológico realizado por Gustavo Politis entre los Nukak, un grupo indígena de filiación Makú que habita la Amazonía colombiana en el interfluvio de los ríos Guaviare e Inírida. Porque lejos de tratarse simplemente, como se pretende en la Introducción, de un análisis de diversos aspectos directamente relacionados con la subsistencia del grupo, el trabajo esconde niveles diversos de sugerencias e implicaciones que le conceden una riqueza y un interés aún mayores que los previstos.

1º) El autor ofrece el resultado de cinco temporadas de campo repartidas a lo largo de los años 1990-1995, que contabilizan un total de 232 días de campaña, de los cuales 185 fueron de convivencia directa con el grupo. Los Nukak constituían un grupo prácticamente desconocido hasta el año 1988 en que, como resultado de la progresiva colonización de sus tierras, comenzaron a quedar en los límites de la zona de contacto. De hecho, la obtención de información de primera mano para facilitar el desarrollo de políticas de protección del territorio Nukak se sitúa entre los objetivos prioritarios del trabajo (p. 20).

2º) Este se organiza en 8 capítulos y una Introducción, destinados todos ellos a presentar información «explícitamente orientada hacia un análisis etnoarqueológico» (p. 21), lo que a juicio del autor significa centrada en el análisis de las implicaciones arqueológicas (p. 20) de «aspectos tales como subsistencia, movilidad, asentamiento y tecnología» (p. 21).

La génesis y autoría de los capítulos es diversa. Sólo algunos de ellos han sido escritos específicamente para el libro, siendo el resto versiones ampliadas y adaptadas de artículos publicados o en vías de hacerlo. Gustavo Martínez, Julián Rodríguez y Clive Gamble son co-autores de algunos de los capítulos, habiendo participado también los dos primeros en las campañas de campo. El resultado, sin embargo, es homogéneo y coherente, presentando una información detallada y precisa, basada tanto en técnicas cuantitativas como cualitativas de análisis, y ofrecida al lector de una manera atractiva y amena. A ello contribuyen tanto la abundante selección de fotografías y croquis que van ilustrando cada uno de los temas tratados, como la redacción ligera y ágil de sus líneas, que convierte a la obra en un agradable paseo por lo que, de otro modo, podrían haber sido los aspectos más áridos y menos sugerentes de una cultura en estudio.

3º) Ello se debe también a la flexibilidad de pensamiento que va demostrando el autor a medida que desarrolla el contenido propuesto, consiguiendo dotar a su trabajo de una riqueza de matices que no encontramos en otros estudios etnoarqueológicos que parten de los mismos principios. Como se sabe, la Etnoarqueología se constituyó como disciplina al ser formulada como una Teoría de Alcance Medio dentro de la corriente de la Nueva Arqueología. Y de hecho, G. Politis hace declaraciones explícitamente positivistas y vinculadas a los presupuestos teóricos de esa escuela en las páginas iniciales del libro (pp. 18-20). Pero sin embargo, a medida que analiza aspectos concretos de la cultura Nukak, va comprobando la incapacidad de esos mismos presupuestos para dar cuenta de la variedad de motivos y complejidad de actuaciones que provocan la formación de un determinado registro arqueológico. La reduccionista aplicación de «modelos de optimización basados en relaciones de costo-beneficio» (p. 279) se demuestra insuficiente para explicar el registro material Nukak, lo que lleva al autor a denunciar el «desinterés» demostrado por la escuela procesual «en la identificación de causales

T. P., 54, n.º 1, 1997

sicológicas, mentales, sociales, religiosas o históricas» para explicar aspectos tales como la movilidad del grupo (p. 136) o el aprovechamiento de los recursos económicos (p. 231). En este sentido, el libro ofrece no sólo un muy buen ejemplo de lo que puede ser un trabajo de campo con objetivos etnoarqueológicos, sino que además, deja abierto un interesante horizonte de trabajo futuro, tanto a nivel empírico como teórico.

4º) En relación con lo anterior cabe situar el cuestionamiento de los estudios tradicionales sobre los grupos cazadores-recolectores. Tras discusiones en lugares distintos sobre la mayor o menor pertinencia de conceptos tales como «cazadores-recolectores», «bandas» (pp. 60-1) o «foragers» (337-8) para definir a estos grupos, demuestra la simplicidad que ha caracterizado nuestras clasificaciones (p. 229-30). De especial interés me parece la demostración de la manipulación que los Nukak hacen de su entorno, favoreciendo el crecimiento selectivo de algunas plantas y con ello el aumento de la productividad del medio sin que ello suponga de ninguna manera su domesticación (p. 347). De ello se siguen, además, dos importantes conclusiones de no menor trascendencia:

5º) Por un lado, junto a Clive Gamble, rebate en el cap.7 la tesis sostenida por Bailey y Headland (1991) respecto a que el hombre no habría podido ocupar las forestas tropicales lluviosas hasta no haber desarrollado la domesticación de plantas y animales debido a las deficiencias nutritivas naturales de ese medio (p.339-42).

6º) Por otro, expone la necesidad de revisar el concepto de «selva primaria», debido a la constatación de la alteración que de ella hacen los Nukak «a través de acciones sutiles pero prolongadas que progresivamente han modificado la estructura de los ecosistemas» (p.347). La idea subsiguiente de que el concepto de «adaptación» ha sido también utilizado de manera simplista y reduccionista, ya que los grupos humanos transforman su medio al adaptarse a él en una relación de influencia y dependencia mutua constituye, así, otra importante aportación de la obra.

Trabajos como éste pueden ayudarnos, en fin, a desarrollar modelos más realistas con que abordar la comprensión de un fenómeno tan complejo, rico e incomparable como es el de la cultura humana. Ojalá que su distribución comercial no frustre a quienes deseen disfrutar de la especial ocasión que siempre constituye la inmersión en una cultura extraña y de la excepcional oportunidad de conjugar, como el propio autor parece haber hecho en su realización, placer y aprendizaje.

BIBLIOGRAFÍA

BAILEY, R. Y HEADLAND, T. (1991): «The Tropical Rain Forest: Is It a Productive Environment for Human Foragers?». *Human Ecology* 19(2):261-285.

ALMUDENA HERNANDO GONZALO
Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense
28040 Madrid

MARIO VARELA GOMES: *A Necropole de Alfarrobeira (S. Barlomeu de Messines) e a Idade do Bronze no Concelho de Silves*. Xelb 2, Museu Municipal de Arqueologia/Câmara Municipal de Silves, Silves, 1994, 162 pp., 80 figs. Depósito Legal 78998/94.

Si en general no puede pasar inadvertido para el investigador de la Edad del Bronce en el Suroeste de la Península Ibérica el interés de esta obra, en la que Mario Varela Gomes da cuenta de la campaña de excavaciones realizada en 1988 en la necrópolis de enterramientos en cista de Alfarrobeira, me resulta especialmente grato, dada mi implicación desde 1991 en un Proyecto de Investigación Sistemática centrado precisamente en el estudio de las comunidades de II milenio a.n.e. en el Suroeste peninsular (cf. Hurtado, 1993) disponer de la oportunidad de realizar algunas reflexiones en torno a su relevancia y significación en la situación actual de la investigación en este campo.

T. P., 54, n.º 1, 1997

Comienza el trabajo con un primer capítulo *A Necrópole de Alfarrobeira* que permite al lector contextualizarse en el marco de las circunstancias que rodean al yacimiento y a la intervención, y en el que se describen la metodología seguida, la situación geográfica del yacimiento y la trayectoria historiográfica que precede a aquélla. La última sección de este capítulo *Estruturas e Espolio* ofrece una descripción en formato narrativo de los atributos constructivos y artefactuales de los trece contenedores funerarios excavados, uno por uno, por lo cual su lectura resulta algo tediosa: son treinta y siete páginas donde básicamente se suceden las descripciones de las dimensiones de los enterramientos y los túmulos que los cubrían, del número y dimensiones de las lajas de cada estructura, de su planta y orientación así como de las dimensiones de los seis vasos cerámicos que constituyen todo el ajuar de la necrópolis (una alternativa hubiera sido ofrecer estos datos tabulados). Sobre la base de esta descripción pormenorizada de las estructuras funerarias tomadas individualmente, viene M. Varela Gomes a ofrecernos en el Capítulo II *Análise Interna* un ensayo de reflexión general, todavía en una esfera estrictamente arqueográfica, de la necrópolis tomada en su conjunto. Aquí son formulados varios enunciados sobre las tendencias predominantes en cuanto a la habituales atributos de los contenedores funerarios y de sus depósitos, siendo de nuevo el formato elegido básicamente narrativo/literario, de forma que, en mi opinión, se echa de menos un intento de generalización cuantitativa descriptiva (sea gráfica o numérica) respecto a los datos presentados en el capítulo anterior, de forma que se genera una cierta aridez descriptiva que el lector percibe.

Con el Capítulo III *Integração Cultural* se plantea la contextualización de la necrópolis de Alfarrobeira en el marco del registro arqueológico de la Edad del Bronce de dos niveles de referencia espaciales inmediatamente superiores, esto es, en el *Concelho* de Silves primero y en el Suroeste peninsular después. En relación con el primero de los referentes (Sección III.1: 79-92) realmente me cuesta dejar de preguntarme hasta qué punto está justificado seguir utilizando como marcos espaciales de referencia para la descripción o explicación de procesos sociales prehistóricos delimitaciones administrativas modernas o contemporáneas tales como *concelhos*, provincias, municipios, *freguesias*, comunidades autónomas, etc. Realmente no soy de los que piensan que los arqueólogos (o arqueólogas, claro) debemos acometer la empresa de ver el paisaje del Pasado (o el Pasado en general) en los términos simbólicos, mentales e ideológicos de sus actores (ni siquiera pienso que una tal perspectiva *emic* del Pasado prehistórico sea metodológicamente viable), pero tampoco creo que el asunto de la justificación argumentada y explicitada de la elección de los marcos geográficos o espaciales de referencia del análisis arqueológico pueda ser tan trivial como para llegar a reducir aquellos a unos límites burocráticos establecidos por el Estado contemporáneo. En cualquier caso, en esta sección se aporta una descripción (no un análisis territorial) de aquellas localizaciones arqueológicas adyacentes y coetáneas a Alfarrobeira, y entre las cuales destaca la ausencia de asentamientos, ausencia que sigue constituyendo un problema de orden arqueográfico en el estudio de la Edad del Bronce en algunas comarcas del Suroeste peninsular, y especialmente en el sur de Portugal.

Es la sección titulada *Análise Paleoantropológica e Conclusões*, dentro del Capítulo III (pp. 131-138) la parte del libro que sin duda ofrece mayores posibilidades de discusión, puesto que es allí donde el autor supera el nivel arqueográfico que ha caracterizado casi todo el relato precedente, para avanzar finalmente algunos enunciados de mayor alcance interpretativo. El contenido de dicha sección es lo suficientemente sugerente como para generar una discusión amplia de múltiples aspectos, pero dadas las limitaciones de espacio a que está sujeta esta recensión trataré de circunscribirme a los que considero más relevantes. Básicamente se plantea M. Varela la interpretación del patrón funerario de Alfarrobeira en términos del nivel de organización sociopolítica de la comunidad que construyó la necrópolis, para lo cual comienza por declarar que asume el principio binfordiano del *isomorfismo estructura social-patrón funerario* (p. 132), premisa cuya asunción comparto como presupuesto metodológico, y que, como es sabido, viene siendo cuestionada por los teóricos postprocesuales (cf. por ejemplo Hodder, 1982).

Asume el autor que el enterramiento 7 de Alfarrobeira, siendo el más antiguo de la necrópolis, y dado que presenta uno de los túmulos de mayores dimensiones y al ajuar más cuantioso (dos vasos cerámicos) corresponde a un "... *personagem masculino importante na hierarquia social de então...*" (p. 132). En efecto, la caracterización funeraria de un individuo como líder es visible en otras necrópolis del II milenio a.n.e. en el Suroeste: en Vinha do Casão (Vila Moura, Algarve), que el propio autor menciona, El Becerrero (Almonaster la Real, Huelva) o El Castañuelo (Aracena, Huelva), existe una sola cista cuyas dimensiones están por encima de las dimensiones medias de los restantes contenedores identificados dentro de la necrópolis; en Atalaia y Provença existen enterramientos centrales que disponen de un anillo de piedra completo sobre el que convergen los anillos tangentes de los restantes enterramientos; en la necrópolis de La Traviesa (Almadén de la Plata, Sevilla) es uno solo de los enterramientos el que, aparte de presentar dimensiones mucho mayores y un ajuar más completo, dispone de un anillo de lajas hincadas verticalmente y de un túmulo de bloques de piedra. Existen evidencias por tanto para suponer que las formaciones sociales de la Edad del Bronce en el Suroeste, al contra-

rio de lo que generalmente ocurre con las de la Edad del Cobre, tienden a enfatizar y subrayar el liderazgo mediante el ritual funerario de una forma arqueológicamente identificable.

Ahora bien, asociando la estela de tipo alentejano hallada en la necrópolis a la sepultura número 2, que carece de túmulo y de ajuar (aunque había sido previamente expoliada), M. Varela Gomes prolonga su razonamiento al afirmar que esta estructura supone una forma de representación del liderazgo social *alternativa* a la reflejada en el enterramiento número 7 y que esta diferencia es producto de una evolución ideológica, ya que entre la construcción de ambos enterramientos mediaría un lapso temporal relativamente amplio (p. 135). En mi opinión, M. Varela concede demasiada importancia al factor *tiempo* en la evolución interna de la necrópolis y en las implicaciones que tal evolución tiene, social e ideológicamente, dentro de la comunidad estudiada: si bien es verosímil que haya sido posible determinar la posterioridad constructiva del enterramiento 2 respecto del 7, parece más difícil (por no decir imposible) determinar el lapso de tiempo transcurrido entre la fabricación de ambas estructuras a menos que se disponga de dataciones absolutas muy precisas: difícilmente las evidencias estratigráficas que hayan permitido al excavador saber que la sepultura 2 es posterior a la 7 habrán indicado si esta posterioridad consiste en dos o tres *generaciones*. Esto es una suposición, perfectamente lícita por otra parte, que sin embargo no creo que pueda ser demostrada empíricamente. Por otro lado es preciso recordar que la asociación entre el enterramiento 2 y la estela no se realiza, de acuerdo con los excavadores, en el curso de la propia intervención de campo (es decir, la estela no es hallada *in situ*), sino que tal asociación se basa en *testimonios* recogidos cuando la estela fue hallada e identificada en los años 1970 (pp. 17-18 y 25).

Insisto en este aspecto porque creo que, al menos en el estado actual de la investigación, hemos de acometer la interpretación de las agrupaciones de enterramientos individuales del II milenio a.n.e. en el Suroeste sobre la base de la representatividad de los patrones funerarios respecto de la estructura de relaciones sociales de producción de las comunidades que las producían *en un lapso temporal dado*, prescindiendo de introducir factores distorsionadores *extra* como por ejemplo que unos y otros enterramientos hayan estado separados por una distancia temporal (y por un proceso de evolución en la esfera ideológica) que no estamos en condiciones de precisar. El estudio de las asociaciones funerarias entre ajuares, caracteres arquitectónicos y categorías de sexo y edad de los individuos enterrados en la necrópolis de la Edad del Bronce en el Suroeste, y su interpretación como indicadores de los niveles de desigualdad subyacentes en las estructuras de relaciones sociales de producción de las comunidades que las construyeran, comporta suficientes dificultades a causa de la casi total inexistencia de registro osteológico en los enterramientos, lo que a su vez es debido a factores postdeposicionales (1), como para introducir *ruido* arqueográfico adicional.

Precisamente, la última cuestión que deseo comentar a partir de la lectura de este libro gira en torno a la existencia de varios *estátus* sociales dentro de las comunidades y a su naturaleza. A partir de su observación de que los últimos enterramientos de Alfarrobeira, ya frisando la mitad del II milenio a.n.e. utilizan una simbología diversa para indicar el liderazgo (*i.e.* estela) sugiere M. Varela Gomes que “*este processo deve ser entendido como reflexo das alterações, então verificadas, nas características organizativas daquela sociedade, ou seja dos inícios da IIa Idade do Bronze, onde se terá acentuado, de modo sensível, a estratificação social*” (p. 135). Si poco después, y citando también el caso de Vinha do Casão, se vuelve a referir el autor a la naturaleza *estratificada* de las comunidades de c. 1700-1100 a.n.e. en el Suroeste, no dejo de discrepar con la forma en que se utiliza el concepto de *sociedad estratificada*, puesto que más adelante, el autor se refiere al “*...sistema de chefaturas que julgamos ter administrativamente estruturado o Sudoeste Peninsular...*” y del que habrían evolucionado las “*...sociedades proto-estatais, durante a Idade do Bronze Final*” (p. 137).

En primer lugar, Varela Gomes emplea los conceptos de *sociedad estratificada*, *jefatura* y *sociedad proto-estatal* sin elaboración teórica previa. Parece evidente que un concepto como el de Estado está sujeto en todas las disciplinas de la Ciencia Social a las suficientes matizaciones teóricas como para que merezca la pena dejar claro y explícito el enfoque que se le está dando en su aplicación a casos históricos concretos. Personalmente no veo cómo puede hablarse de sociedades de jefaturas pre-estatales donde la estructura de relaciones sociales de producción (*i.e.* estructura de de la propiedad de los medios de producción y de circulación del producto) es a la vez estratificada, ya que entiendo que toda sociedad estratificada, es decir, de clases, es netamente estatal. El (tan discutido) concepto de jefatura puede ser útil siempre que se restrinja al ámbito de las sociedades jerarquizadas en el sentido que les dió M. Fried (1967), esto es, pre-estatales o no estratificadas, restricción que por cierto no ha seguido casi ningún teórico funcionalista ni incluso algunos marxistas. Por otra parte el concepto

(1) La recientemente *reanimada* hipótesis *cultural* de la ausencia de restos humanos en numeros enterramientos del II milenio a.n.e. en el Suroeste (Amo, 1995) parece más inverosímil que nunca, puesto que los análisis edafológicos realizadas con muestras de la necrópolis de La Travesía han venido a demostrar su relación con la extrema acidez de los suelos de la faja pirítica del Suroeste (cf. Manuel, 1995).

de sociedad *protoestatal* sencillamente carece de definición, no ya solo en esta obra de M. Varela Gomes, sino en la literatura antropológica sobre el origen de las sociedades complejas en la Prehistoria.

En segundo lugar, creo que no existen evidencias que permitan clasificar como *estratificadas* a las formaciones sociales del II milenio a.n.e. en el Suroeste. Varela Gomes observa correctamente la posible existencia de diferentes *estátus* o categorías sociales entre aquellas, pero me gustaría apuntar que la existencia de *estátus* jerárquicamente ordenados no es equivalente a la existencia de *clases* donde una clase minoritaria controla la propiedad de los medios de producción básicos (sobre todo la tierra) y concentra la circulación del producto colectivo mediante un sistema basado en la coerción y la violencia física. Al contrario, las evidencias sugieren que la distribución (elementos de prestigio normalmente asociados a las clases dominantes en sociedades *estratificadas* primitivas y que, dicho sea de paso, entre las comunidades de la Edad del Bronce del cuadrante suroccidental de la Península Ibérica son *extraordinariamente* escasos en comparación con otras formaciones sociales europeas coetáneas) en aquellas necrópolis donde existen fuertes indicios arquitectónicos de jerarquización interna *no* es abiertamente diferencial a favor de la *élite* (García, 1994; 1996). Otros indicadores clave como la existencia de enterramientos infantiles monumentales o dotados de ajueres de prestigio (que sugieran que los *estátus* sociales son adscritos por nacimiento y no adquiridos) son más difíciles de contrastar empíricamente en el marco del Suroeste debido a los problemas postdeposicionales citados anteriormente, pero el mismo Varela Gomes observa que en aquellas escasísimas ocurrencias de enterramientos infantiles claramente identificados (Vinha do Casão y Chichina) la contrastación es negativa (p. 131).

Aunque en los últimos años se están haciendo importantes esfuerzos en esta dirección, seguimos careciendo de un registro empírico de asentamientos apropiado para contrastar las hipótesis y teorías que sobre el origen y desarrollo de la Complejidad Social en el Suroeste de la Península Ibérica puedan construirse mediante el análisis de los patrones funerarios, pero, en mi opinión, va contra la realidad de las evidencias actualmente disponibles postular la existencia de sociedades *estratificadas* en dicho marco territorial, al menos con anterioridad al Bronce Final. En todo caso, confusionismos en la utilización de conceptos tales como *Sociedad Estratificada*, *Estado* o *Jefatura* no contribuirán en el futuro a ordenar programas de investigación racionales en torno a este problema.

En resumen, M. Varela Gomes ha ofrecido a la comunidad científica una nueva aportación, tan relevante como sugerente, para el conocimiento de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica. El tono general del trabajo es más descriptivo que interpretativo, pero no creo que pueda avanzarse una crítica negativa al volumen por esta razón, dado que constituye ante todo la memoria de una intervención arqueológica puntual. Desde un punto de vista empírico, con este libro M. Varela Gomes pone otro ladrillo en el muro. Desde un punto de vista teórico falta saber qué clase de edificio está construyendo.

LEONARDO GARCÍA SANJUAN
Department of Archaeology, University of Southampton
Avenue Campus, Highfield, Southampton SO171BJ
(01703) 594776
lg@soton.ac.uk
lgarcia@polifemo.us.es

BIBLIOGRAFÍA

- AMO, M. del (1995): "Formas y ritos funerarios en las necrópolis de cistas del Suroeste peninsular". *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 2: 169-182.
- FRIED, M. (1967): *The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology*. Random House. New York.
- GARCÍA, L. (1994): "Registro funerario y relaciones sociales en el SO (1500-1100 a.n.e.): indicadores estadísticos preliminares". En J. Campos; J.A. Pérez y F. Gómez (eds): *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana. Actas del Encuentro Internacional de Arqueología del Suroeste (Huelva, Marzo de 1993)*: 209-238. Publicaciones de la Universidad de Huelva. Huelva
- (e.p.): "La necrópolis de la Edad del Bronce de La Traviesa (Almadén de la Plata, Sevilla). Nuevas evidencias funerarias para el análisis de los procesos de jerarquización social en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica". *Actas do II Encontro de Arqueologia do Sudoeste (Faro, Noviembre 1996)*.
- HODDER, I. (1982): "The identification and interpretation of ranking in Prehistory: a contextual perspective". En C. Renfrew y S.J. Shennan (eds): *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society*: 150-154. Cambridge University Press. Cambridge.

T. P., 54, n.º 1, 1997

- HURTADO, V. (1993): "Análisis y definición de los procesos culturales del II milenio a.C. en el Suroeste peninsular". En J. Campos y F. Nocete (eds.): *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992*: 461-469. Junta de Andalucía. Huelva.
- MANUEL, V. (1995): "Cistas de la Edad del Bronce. El análisis de fosfatos como evidencia de la inhumación". *Complutum*, 6: 329-352.

ROBERT DREWS. *The end of the Bronze Age. Changes in warfare and the Catastrophe ca. 1.200 B.C.* Princeton University Press. Princeton, New Jersey, 1993, 4 figs., 10 láms., 252 págs., ISBN 0-691-04811-8.

El final de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental es uno de los temas más complejos de la arqueología europea y del Próximo Oriente. Los acontecimientos que se suceden hacia 1200 a.C. son muchos, dispersos y componen un cuadro difícil de precisar. ¿Cuáles fueron las causas de la llamada *Catástrofe*, que pone un final violento al desarrollo del Bronce en esta vasta región?

La caída del Imperio hitita, el derrumbamiento de los principados de Palestina, Grecia y el Egeo, los disturbios del Delta del Nilo, a pesar de ser acontecimientos coetáneos e interconectados, tienen cada uno, a su vez, una problemática específica. No obstante, buena parte de la historiografía ha tendido a explicar las crisis, que sufren las distintas áreas citadas, de una manera focalizada hacia una causa común. Primero fue la teoría de las grandes migraciones. En Europa continental se desplazarían las gentes de Campos de Urnas, por lo que pueblos de origen balcánico invadirían el sur de Grecia, acabando con la civilización micénica (la invasión doria). Otras gentes de diversos orígenes aniquilarían el Imperio hitita y los principados sirio-palestinos; y los Pueblos del Mar devastan el delta del Nilo.

En 1968, tras nuevas excavaciones en Ugarit, se propone un movimiento sísmico como causa de la destrucción de la ciudad. La hipótesis se amplía a todo el Próximo Oriente y el Peloponeso, donde las excavaciones alemanas de los años setenta encuentran restos de este desastre natural en Tirinto. Paralelamente se documentaban indicios de una sequía de grandes proporciones que habría provocado hambrunas y conflictos de subsistencia en el Próximo Oriente. Este hecho, asimismo, se trasladó a Grecia.

No obstante, a medida que avanzaba la investigación en cada uno de los lugares afectados, y entre ciertos investigadores se fue abriendo paso la idea de plantear explicaciones complejas a una cuestión también compleja, que no es posible entender desde la óptica de una causa única extrapolable a todo el Mediterráneo oriental, sino desde la percepción del problema en la combinación de múltiples variables. Se llegó así a la propuesta de Tainter (1988) sobre el *Colapso de las sociedades complejas*. Ésta viene a decir que los grupos de gran complejidad social requieren cada vez mayor intensificación de la producción, en un proceso en el cual se llega a un punto en donde la rentabilidad de la explotación de los recursos se hace decreciente, iniciándose un proceso de descomposición que hace a aquella sociedad vulnerable al colapso. En el caso micénico habría habido un desmesurado programa de inversiones en sistemas defensivos, administración militar, posibles guerras internas entre los príncipes. Ese conjunto de circunstancias debilitaría los poderes políticos establecidos, lo que unido a posibles terremotos, presiones de pueblos desde el mar, y otros problemas, provocaría la desintegración del sistema palacial.

La primera cuestión a abordar en la obra de Drews es que éste elabora su hipótesis a partir de una sola variable: los cambios en la forma de hacer la guerra que traerían los pueblos *bárbaros* (según su propia denominación). Con ello, además, vuelve sobre la antigua hipótesis de la invasión destructora procedente del norte, tesis tradicional que está en entredicho por carecer de evidencias arqueológicas claras.

El libro comienza con una propuesta cronológica, basada en la datación comparada con Egipto, que le permite afinar las fechas absolutas del final del Heládico Reciente IIIB, momento crucial de la crisis, hacia el fin del reinado de Ramsés II (1212 a.C.). El autor hace caso omiso de las críticas al sistema de la cronología comparada entre las culturas históricas próximo-orientales y las prehistóricas europeas, por la falta de contextos arqueológicos precisos, así como a los problemas de ajuste de las listas reales con el antiguo calendario astronómico egipcio. Tampoco tiene en cuenta la falta de sincronía entre las fechas históricas y las de C14, sin contar con los problemas que presenta hoy día la datación radiocarbónica (ver González Marcen *et alii*, 1992; James, 1993). Si bien es cierto que se acepta de forma casi unánime el período alrededor de 1200 a.C. como fecha

central de la crisis, esta asunción tiende a verse como una datación convencional, mientras no se resuelvan todos estos problemas que tienen planteados los sistemas de datación en el Egeo.

Pero al margen de esto, el libro gira en torno a la causa de la denominada *Catástrofe*. Siguiendo el discurso del autor, la táctica fundamental de combate en el Próximo Oriente y, por extensión, en el mundo micénico era el embate de los carros de guerra ligeros, portadores de arqueros y capaces de romper y diezmar las filas enemigas. Pero el hallazgo en Grecia de nuevos tipos de armas como grebas, escudos de pequeño tamaño y espadas Naue II, a partir de fines del siglo XIII, demostraría la introducción de nuevas formas de combate, en formaciones cerradas de infantes que, junto a la caballería, serían capaces de responder con eficacia a los asaltos de los carros. Para Drews, el mundo micénico habría sucumbido a manos de gentes procedentes del norte de Grecia que traían consigo ese nuevo armamento y esa nueva forma de hacer la guerra. Esta argumentación tiene múltiples posibilidades de réplica, comenzando con la propia controversia sobre la realidad o no de la migración doria. Otros puntos de la obra carecen de apoyos sólidos. El primero es que no está claro qué papel jugó el carro en la Grecia micénica, puesto que no se conoce ningún ejemplar, ni hay referencias escritas sobre su uso en los archivos de los palacios. Es verdad que aparece representado portando individuos armados en la cerámica pintada, pero pudieran ser escenas de caza. Asimismo, se discute si el carro micénico tuvo tan sólo una función simbólica, de manifestación externa de estatus privilegiado; y aun en el caso de aceptar su participación en el combate pudo constituir un mero medio de transporte, o ser usado para dispersar los restos de un ejército vencido, batiéndose en retirada. No está claro que el valor táctico del carro heládico fuera el mismo que el del hitita o el egipcio (ver Piggott, 1992). Por otra parte, el número de espadas Naue II, grebas y escudos pequeños es escaso durante el período de crisis, razón por la que Snodgrass (1973) ha interpretado aquellas armas como objetos de prestigio o, tal vez, como la panoplia de mercenarios bajo el mando de los príncipes aqueos.

Por último, debiéramos hacernos una pregunta: ¿es posible que un cambio en las formas de combate provocara unas transformaciones tan profundas como para acabar con unas estructuras sociales y económicas fuertes y centralizadas, como eran los principados micénicos? La respuesta es con toda probabilidad negativa, el fin del mundo heládico no es una rápida ruptura, sino un lento proceso de transformación, entre el inicio del Heládico Reciente IIIB y el final del Heládico Reciente IIIC (con evidentes situaciones de violencia) que, de acuerdo con Sherrat y Sherrat (1993) o Whitley (1991), trae a Grecia nuevas formas tecnológicas y culturales; cambios en los sistemas de intercambio; nuevas formas de ejercicio del poder; nuevos poderes comerciales y artesanales que crean tensiones sociales desconocidas hasta entonces; cambios esenciales en el concepto de esclavitud, en las formas de propiedad de la tierra y de las relaciones sociales. Todo lo que hace más comprensible el final de la Edad del Bronce en el Egeo de acuerdo con explicaciones complejas que afectan a la estructura socio-económica heládica, y no con otras que en definitiva se asientan sobre la existencia de unas docenas de armas.

Aunque la obra de Drews tiene aciertos como recoger la historia de la investigación sobre el tema, lo que convierte la obra en consulta obligada, la hipótesis central que se defiende no parece acertada, puesto que cae en dos argumentaciones difíciles de mantener: la vuelta a la tesis invasionista, y la sustentación de su propuesta sobre la base de una escasez tal de elementos (espadas Naue II, grebas) durante el período de crisis que hace difícilmente operables unos razonamientos que quieren convertirse en ley general.

JUAN A. SANTOS VELASCO
Departamento de Ciencias Humanas y Sociales
Luis de Ulloa, s/n.
Universidad de La Rioja
26004 Logroño

BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V. y RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa. Una introducción a la Edad del Bronce*. Síntesis. Madrid.
- JAMES, R. (1993): *Siglos de oscuridad*. Crítica. Barcelona.
- PIGGOTT, S. (1992): *Wagon, chariot and carriage*. Thames and Hudson. Londres.
- SHERRAT, A. y S. (1993): «The growth of the mediterranean economy in the early first millenium B.C.». *World Archaeology*, 24: 34-48.
- SNODGRASS, A. y S. (1973): «Metal work as evidence for migration in the Late Bronze Age». En R. CROSSLAND y A. BRICHALL (eds.): *Bronze Age migrations in the Aegean*. University of Bradford. Bradford: 324-330.

T. P., 54, n.º 1, 1997

- TAINTER, J. (1988): *The collapse of complex societies*. Cambridge University Press. Cambridge.
- WHITLEY, J. (1991): *Style and society in Dark Age Greece*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Véase también:
- PALAIMA, Th. (1995): «Last days of the Pylos polity». *Proceedings of the 5th International Aegean Conference*. Heidelberg Universität: 543-549.
- POPHAM, M. (1994): «The collapse of the aegean civilization». En B. CUNLIFFE (ed.): *The Oxford illustrated Pre-history of Europe*. Oxford University Press. Oxford.
- ZANGGER, E. (1994): «Landscape changes around Tyrins during the Bronze Age». *American Journal of Archaeology*, 98: 114-131.

LA GUERRA DE TROYA

THE TROJAN WAR

EL TESORO DE TROYA. Excavaciones de Heinrich Schliemann. Museo Pushkin, Moscú 16 Abril 1996-15 Abril 1997. Electa. Madrid 1996, 239 pp., 259 ilustraciones. ISBN: 84-8156-113-4.

«*Troy and its treasures*». International Conference, Pushkin Museum of Fine Arts, 25 a 28 de Noviembre de 1996, Moscú.

«Telémaco mío, la guerra de Troya ha terminado...»

Estas bellas palabras recogidas por el Ministro de Cultura de la Federación Rusa en la Introducción a este catálogo, desafortunadamente, no se han cumplido todavía. Después de 50 años en los que creímos que los materiales procedentes de las excavaciones de Schliemann habían desaparecido para siempre, se produce el acontecimiento de esta exposición para dar a conocer al mundo los llamados «tesoros» de Troya. Con ella resurgen el mito y la polémica.

En la exposición de Moscú se exhibieron 260 piezas procedentes de los diferentes «tesoros» excavados por Schliemann entre 1872 y 1890. Se trata de joyas y recipientes de oro y plata, hachas ceremoniales de nefrita y lapislázuli, lentes de cristal de roca, un ídolo de bronce, una figura antropomorfa de plomo y una empuñadura o pomo de hierro. Son algunos de los objetos que volaron de Berlín a Moscú el 30 de Junio de 1945 y que se encontraban perfectamente embalados y clasificados. Parte de este transporte fue a parar al Hermitage de San Petersburgo (fundamentalmente bronce y algo de cerámica), donde se conserva actualmente a la espera de ser dado a conocer en una futura exposición (Easton, 1995). Sin embargo, existe material troyano procedente de las excavaciones decimonónicas en una cincuentena de Museos del mundo, debido a la historia rocambolesca de su hallazgo, a la extraña personalidad de su excavador y a las circunstancias históricas en las que se desarrolló lo que puede calificarse como el primer drama o aventura arqueológica digna del mejor, o peor, guión cinematográfico. Tanto es así que la personalidad de su protagonista, Schliemann, y de su inspirador, Homero, merecieron el interés de Emil Ludwig quien les dedicó una de sus biografías más novelescas y probablemente más noveladas: *Schliemann, el descubridor de Troya* (1958), que despertara tantas «vocaciones» e hiciera las delicias de juventud de muchos arqueólogos actuales.

Pues bien, tanto la exposición como el atractivo catálogo, publicado en varias lenguas, cumplen una función científica de primer orden: primero informar y después desmitificar. Hubiera sido fácil para los investigadores rusos haber caído en el sentimentalismo y la espectacularidad de un tema que ha suscitado tantas especulaciones a lo largo de los cincuenta años que permaneció oculto, y tanta bibliografía en el breve tiempo desde su redescubrimiento en 1990 (ver por ej. Easton, 1994, donde se recoge la mayor parte de lo publicado). Afortunadamente no ha sido así, y tanto una como otra se caracterizan por la discreción, el rigor y la seriedad.

El contenido del catálogo se ha organizado de manera muy tradicional pero eficaz. Una presentación por parte del poder político y una introducción por el académico preceden dos breves trabajos en torno a la biografía de Schliemann y el significado de la arqueología troyana. Ambos son fundamentales para comprender la complejidad de un material procedente de uno de los yacimientos clave para la Prehistoria europea y del Próximo Oriente. En ningún momento se elude la realidad, ni la científica: un material de difícil contextualización

T. P., 54, n.º 1, 1997

debido a lo inadecuado del método de excavación; ni la política: un material que reivindicaban como propio distintos países. Pero como dice la directora del Museo Pushkin, Irina Antonova: «...en el fondo, lo único que cuenta es el valor absoluto de esas piezas legendarias de la civilización mundial.»

El catálogo general contiene las fichas de cada una de las piezas, con todos los datos morfológicos y arqueológicos, bibliografía y paralelos. Se organiza por conjuntos que en 1902 Schmidt ordenó y denominó «tesoros», nombrándolos con letras, de la A a la R, además de algunos hallazgos aislados.

La clave para la interpretación de estos hallazgos está en el sentido que le demos al concepto «tesoro». La investigación actual, sobre todo por parte de Eastman en los archivos y Korfmann en el propio yacimiento, ha podido reconstruir, en la medida de lo posible, el contexto arqueológico de los hallazgos y la disposición de los niveles excavados por Schliemann. Así, sabemos que el tesoro A, todavía conocido como «tesoro de Príamo», se encontró en determinado nivel de cenizas atribuido al asentamiento denominado Troya II, fechado entre 2.600-2.300 a.C., aunque algunas de sus piezas pudieran pertenecer a Troya III. Recordemos al lector que la Ilión de Homero pudiera corresponder al asentamiento Troya VI (1.700-1250 a.C.) o Troya VII (1.250-1.180 a.C) según sigamos la opinión de Dörpfeld o Blegen, quienes continuaron los trabajos de Schliemann entre 1892-93 y 1932-38 respectivamente (toda la bibliografía viene recogida al final del catálogo).

Desconocemos, por tanto, si el «tesoro de Príamo» era un verdadero depósito o conjunto cerrado, o si por el contrario se trataba de los objetos encontrados más o menos dispersos por un determinado nivel y zona. El relato que el propio Schliemann hace del hallazgo confirma la teoría del depósito u ocultación, pero ello depende de la credibilidad que concedamos a un hombre cuya trayectoria vital hace sospechar que tenía ciertas dificultades para distinguir entre fantasía y realidad; bien es verdad que esa misma dificultad le convirtió en el descubridor de Troya. Sea como fuere, tesoros, depósitos, ajuares funerarios o hallazgos dispersos -y parece que hay de todo ello- las características del propio material aportan datos incuestionables sobre nivel tecnológico, organización artesanal, social y económica de la Edad del Bronce que hasta ahora desconocíamos.

Sobre la cronología y el contexto histórico de los tesoros troyanos, trata el último capítulo del catálogo. Se aborda el estudio por grupos morfológicos y tipológicos, comparándolos con sus paralelos próximos y lejanos, lo que constituye un trabajo ingrato por lo descriptivo, pero fundamental por sentar las bases de posteriores investigaciones. No se descuidan los aspectos tecnológicos, que se han resuelto con acierto, para ser una primera aproximación a este complejo material que llevará años estudiar en su totalidad. Las conclusiones provisionales aconsejan fechar la mayoría de los tesoros troyanos en una cronología alta, entre mediados y tercer cuarto del III milenio a.C. Además, los tesoros A y B parecen auténticas ocultaciones, y por tanto conjuntos cerrados. En esa época Troya, con una situación geoestratégica privilegiada, era un centro artesanal metalúrgico, como lo demuestra la existencia de gran número de moldes, crisoles y toberas.

En este sentido podríamos añadir que son las propias características de las piezas de oro la mejor prueba de la existencia de un importante taller de orfebrería; por ejemplo, aparece material semielaborado, como lingotes en forma de barra marcada con muescas que divide el material en fragmentos de un peso determinado. Si repasamos con paciencia todos los pesos de los pendientes o aros para el pelo (*lunate earrings* en denominación de Maxwell-Hyslop 1971: 49) de los tesoros A y B, probablemente el tipo más abundante, observaremos que responden a grupos de pesos determinados, y que estos grupos se ajustan con precisión de décimas de gramo, por ejemplo: el grupo más pesado oscila entre 9.9/11.7 gr.; el siguiente lo hace entre 3.8/4.4 gr.; y el más ligero entre 2.3/2.9 gr. (siendo 47 el número total de pendientes considerados en este recuento, realizado rápidamente por nosotros, y presentando muy poca dispersión las distribuciones de pesos en cada grupo). Esto quiere decir que la producción está altamente normalizada y controlada por un poder político o económico fuerte.

Sin embargo, el lector no debe perder la perspectiva sobre la magnitud del oro troyano. Para ello, nada mejor que adherirse a la desmitificación de este material con unos ejemplos que nos sirvan de comparación. Siguiendo con los pesos, hay que señalar unos datos que me parecen importantes; el peso total del oro en cada uno de los tesoros, en que aparece este material, es el siguiente: tesoro A 2.270 gr.; tesoro D 57 gr.; tesoro F 143 gr.; tesoro Ha 8 gr.; tesoro Hb 14 gr.; tesoro J 132 gr.; tesoro N 7.5 gr.; tesoro O 13 gr.; tesoro R 22 gr. (siendo el total del oro conservado en el Museo Pushkin aproximadamente de 2.700 gr.). Como vemos las cifras no son espectaculares si las comparamos con algunas correspondientes a los depósitos de oro más conocidos del lector español; por ejemplo, Caldas de Reyes sobrepasaba los 20 kg., Villena supera los 9 kg. y El Carambolo sólo 750 gr.

Si los tesoros troyanos no destacan por su peso en oro, si lo hacen por su tecnología. Son objetos que, fechándose en el Bronce Antiguo y Pleno, presentan ya los rasgos que van a definir una orfebrería «mediterránea», con dominio de técnicas como la soldadura, el granulado y la filigrana -que llegarán a la Península con los fenicios hacia el siglo VIII a.C.- además del dominio de la composición y el diseño; tengamos en cuenta que la magnífica y archifamosa «diadema de Elena», con la que se fotografió Sophia Schliemann, está compuesta por más de 4.000 piezas independientes y pesa solamente 193 gr. Al margen del oro habría que destacar

las hachas votivas de nefrita y lapislázuli que indican una perfección sorprendente en el trabajo de las piedras duras y que pudieran haber estado cubiertas de pan de oro, al menos alguna de ellas que conserva todavía restos en la zona del empuñadura. Junto con las llamadas «lentes» de cristal de roca forman el tesoro L, de significado todavía no esclarecido.

Para terminar, solamente resta destacar la calidad de las fotografías, excelentemente reproducidas, y lamentar lo inadecuado de la traducción española de los textos, tanto en los artículos como en el propio catálogo. Es una pena que los textos se resientan por ello hasta el punto de hacer su lectura incomprendible en algunos párrafos, debido al desconocimiento de una terminología que debiera haber revisado un especialista. Por ejemplo, el término *granulado* se ignora y es sustituido por alternativas como «grano» o «protuberancia»; se habla de «gargantillas» para referirse a torques; se denominan «collares» lo que son cuentas; se traduce por «fundido en una sola cara» lo que debería haber sido «fundido en molde abierto o univalvo»; «brillo espejeante» por brillo especular; «doradura» por dorado; «rodajas de huso» por fusayolas... en fin, la lista sería interminable, y siempre queda la duda si lo que estamos leyendo es lo que quiso decir el autor o su traducción aproximada.

Este libro inaugura una nueva etapa en la Arqueología mundial. El tiempo de los personajes excepcionales y sus grandes descubrimientos ha pasado. Demos la bienvenida al equipo de investigación y al trabajo reposado y anónimo.

En relación con la exposición y coincidiendo con su inauguración, Irina A. Antonova, directora del Museo Pushkin invitó a 29 científicos, entre los que había 15 procedentes de la CEI y 14 de Europa y Estados Unidos. Fue un acontecimiento importante, tanto por el prestigio de la institución organizadora, como por el hecho de reunir a un número tan elevado de investigadores extranjeros. Se trataba de intercambiar ideas y resultados científicos de una investigación multidisciplinar en torno a los hallazgos, la historia de Troya, y la personalidad de Heinrich Schliemann, aunque algunas otras cuestiones tangentes a estos temas se tocaran.

Los países de origen de los participantes eran: Alemania, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Grecia, Rusia y Ucrania; pertenecientes a ámbitos académicos tan diferentes como la Prehistoria, Arqueología Clásica, Historia del Arte, Historia, Filología, Ciencias Naturales, Mineralogía, Geografía y Metalurgia, por mencionar solamente algunas. Las sesiones se organizaron en torno a los siguientes epígrafes: 1. Heinrich Schliemann: nuevos datos; 2. El Mito troyano: Homero; 3. Los tesoros de la Tróade (cronología, contexto histórico y cultural); 4. Métodos científicos en el estudio del metal troyano; 5. La Tróade y regiones adyacentes durante el Bronce Antiguo.

Sobre las novedades en torno a H. Schliemann, Edmund F. Bloedow (Ottawa) trató la información contenida en el diario de Schliemann, sobre todo sus notas del 31 de Mayo de 1873, que demuestran la autenticidad del llamado «Tesoro de Príamo». Armin Jaehne (Berlín) habló sobre la relación entre Schliemann y A.A. Polovcov (senador en 1876 y Secretario de Estado de Rusia en 1883) a quien envió algunas antigüedades troyanas a San Petersburgo. La comunicación de Ludmila Akimova y Anatolij Kifishin trataba el análisis estilístico de las diademas troyanas, comparándolas con paralelos sumerios y egipcios, e interpretando dos de ellas como adornos masculino y femenino de la pareja real troyana.

La segunda sesión, sobre el mito troyano y Homero, empezó con la colaboración de Nikolaj Kazanskij (San Petersburgo) en torno a la «transición sacra». Leo Klein (San Petersburgo) disertó sobre la estructura y estratigrafía del barco en la Ilíada. La moral y la interpretación psicológica de troyanos y aqueos descritos en la Ilíada por el poeta, en comparación con sus características visuales y tectónicas, fue el tema de la comunicación de Leonid Taruashvili (Moscú). Tatyana Tsiv'yan's (Moscú) planteó la cuestión del pasado pastoril de Paris, ignorado en la Ilíada, con la comunicación: «Había una vez un pastor.»

La siguiente sesión, que inauguró el segundo día de Conferencia, se dedicó a la cronología y contexto histórico cultural de los tesoros. Vladimir Tolstikov (Moscú), encargado de las antigüedades troyanas en el Pushkin desde 1993, resumió su historia a través de las «notas de viaje» desde 1945 a 1996, y explicó la investigación y documentación fotográfica de las piezas, publicada como resultado del trabajo en equipo con M.Y. Treister para el catálogo comentado más arriba. Katie Demakopoulou (Atenas) presentó la colección de antigüedades troyanas conservadas en el Museo Nacional de Atenas, donadas por la esposa de Schliemann, Sofia, en 1892. La mayoría de los objetos de esta colección se fechan en el Bronce Antiguo. Además de bronce, piedra, hueso y cerámica, hay varios pendientes y cuentas de oro. Philip P. Betancourt (Filadelfia) habló de los tesoros de la Tróade conservados en el Museo de Antropología de la Universidad de Pensilvania, adquiridos en 1966. Algunos de los objetos de oro son de especial interés porque muestran tal grado de similitud con los del Museo Pushkin que pudieron haber sido fabricados en el mismo taller, o en algún otro muy relacionado. También habló sobre los análisis de metal, que muestran un alto contenido en cobre, concluyendo que en el Bronce Antiguo se utilizaba ya una soldadura basada en sales de cobre.

La comunicación de Mikhail Treister (Moscú) trató sobre cronología absoluta y relativa. Comparó algunos

detalles tipológicos de la vajilla del tesoro A con vasos procedentes de las tumbas reales de Ur. Mediante un análisis estilístico llega a la conclusión de que existieron contactos e intercambios intensos en la zona, especialmente en el periodo Dinástico Antiguo IIIa (ca. 2500-2400 a.C.). Robert Laffineur (Lieja) analizó el oro troyano en el contexto del Mediterráneo, el Egeo y el Próximo Oriente, haciendo referencia a rutas de tráfico e influencias culturales. Yuri Piotrovskij (San Petersburgo) trató del oro en la "Provincia metalúrgica Circumpónica". Empezó con el oro de Varna y se centró el oro de Maikop y Novosvobofnaya en Caucasia, relacionando varios tipos de cuentas con ejemplares de Troya.

Natalya Nikulina (Moscú) disertó sobre las hachas rituales del tesoro L, destacando su función ceremonial y como símbolos de poder. Georges Sines (Los Angeles) y Natalya Shishlina (Moscú) trataron sobre las 42 lentes de cristal del mismo tesoro, y explicaron su utilización para concentrar la luz del sol sobre algún objeto con el fin de calentarlo, para prender fuego, y para aumentar la visión. Compararon las hachas de piedra con ejemplares de Moldova y cuestionaron su datación en relación a Troya II.

En la cuarta sesión se discutieron los métodos científico naturales para el estudio del metal de Troya. E. Chernykh y L. Avilova (Moscú) disertaron sobre el contexto de los hallazgos troyanos metálicos no férricos en el contexto del sistema metalúrgico circumpónico. La contribución de Noel Gale (Oxford) informó sobre los recursos metalíferos del Bronce Antiguo en Troya y el Egeo. Basándose en el contenido de isótopos del plomo, presentó los resultados analíticos de metales y minerales, procedentes de menas y de más de 3000 objetos de diferentes yacimientos en el Mediterráneo oriental, concluyendo que Troya fue un importante centro relacionado con el transporte, intercambio y distribución de metales. Ernst Pernicka (Heidelberg), Friedrich Begemann y Sigrid Helene Schmitt-Strecker (Mainz) presentaron un estudio sobre Troya y el desarrollo de la metalurgia en el Egeo norte durante el III y IV milenios a.C. Demostraron la existencia de dos centros independientes donde surgió la actividad metalúrgica en Anatolia del este y Europa sudoriental. A mediados del IV milenio ambas áreas se unificaban en una sola tradición metalúrgica dentro de la "Provincia Circumpónica". La contribución de Barbara Armbruster (Schleswig) trató sobre los métodos de investigación para la interpretación tecnológica del trabajo del oro, en concreto macro y microscopía, arqueometría, arqueología experimental y razonamientos etnoarqueológicos.

La última sesión se dedicó a problemas de carácter general sobre la Tróade y regiones adyacentes durante el Bronce Antiguo. La charla de Machteld J. Mellink (Bryn Mawr) tuvo en consideración la Troya II en el contexto del Bronce Antiguo anatólico, revisando las costumbres y ritos funerarios, así como los hábitos deposicionales de objetos preciosos. En su estudio comparativo incluyó distintas categorías de materiales: arquitectura, cerámica, herramientas metálicas, armas y adornos. Nikolaj Merpert (Moscú) trató el problema de los contactos etno-culturales en Eurasia durante el III milenio a.C. Boris Mikhailov (Melitopol) se refirió a los túmulos de piedra de un antiguo monumento sacro de Ucrania, su contexto y paralelos próximo-orientales y en la *Ilíada*. Finalmente, la conferencia de Yuri Shilov (Kiev) trató sobre Troya y la colonización griega de la costa norte del mar Negro.

La traducción simultánea (ruso-inglés) permitió a los participantes seguir el programa e intervenir en las discusiones. Las comunicaciones más interesantes fueron las referidas a cuestiones cronológicas, estilísticas y tecnológicas de los materiales de la exposición, sus paralelos y analogías, así como aquellas contribuciones sobre métodos de investigación y análisis de materiales. Surgieron nuevas perspectivas y las detalladas descripciones de los objetos del catálogo podrán ser la base de estudios e ideas innovadoras en el futuro de esta investigación sobre Troya. Por el contrario, otras comunicaciones no aportaron gran cosa dado que se situaron al margen del tema central, o fueron planteadas de manera muy convencional y conservadora.

Martin Albrecht (Berlín), Igor Bogdanov (San Petersburgo) y Georgis S. Korres (Atenas), que estaban incluidos en el programa, no asistieron. Por otro lado y desafortunadamente, hay que decir que algunos especialistas en antigüedades troyanas, que se esperaba pudieran unirse a la conferencia, no fueron incluidos. Por ejemplo, se echó de menos las novedades sobre la reciente investigación de los arqueólogos que actualmente excavan en Troya, como Manfred Korfmann y su equipo, y la de otros involucrados de una manera u otra en el tema (Donald Easton, Klaus Goldmann, Wilfried Menghin), así como la de los colegas turcos.

A lo largo de la reunión los participantes tuvieron la oportunidad de conocer unos materiales inaccesibles durante mucho tiempo, lo que originó discusiones, al margen de las sesiones oficiales, frente a las vitrinas. La filosofía expositiva es de absoluto respeto por las piezas, que se conservan exactamente en las mismas condiciones que cuando abandonaron Berlín en 1945. Todos y cada uno de los objetos expuestos pueden observarse con comodidad, pero el espectador no especializado necesitaría mucha más información sobre los tesoros troyanos de la que se facilita. Es necesario acudir al catálogo, publicado en varios idiomas. La traducción alemana, en contraste con la española, está mucho mejor realizada y las críticas apuntadas a la versión castellana no pueden hacerse extensibles a aquella.

Es necesario hacer hincapié en el mérito de Vladimir Tolstikov y Mikhail Treister, que prepararon el catálogo y la exposición, y agradecer a la dirección del Pushkin y su equipo la organización de la conferencia, que probablemente se publicará a lo largo de este año. Esperamos que esto sólo sea el principio de una discusión científica interdisciplinar e internacional que nos permita avanzar en el conocimiento de la Edad del Bronce en el Mediterráneo.

ALICIA PEREA
Dpto. de Prehistoria CEH, CSIC
Serrano 13
28001 Madrid

BARBARA R. ARMBRUSTER
Arch. Landesmuseum
Schloss Gottorf
24837 Schleswig

BIBLIOGRAFÍA

- EASTON, D.F. (1994): "Priam's gold: the full story". *Anatolian Studies*, XLIV: 221-243.
 – (1995): "The Troy treasures". *Antiquity*, 69: 11-14.
 LUDWIG, E. (1958): *Schliemann. El descubridor de Troya*. Ed. Juventud. Barcelona.
 MAXWELL-HYSLOP, K.R. (1971): *Western Asiatic jewellery, c. 3000-612 B.C.* Methuen. Londres.

3º CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA PENINSULAR
Vila Real, Universidad de Trás-os Montes y Alto Duero
22-27 de septiembre de 1999

Durante el 2º Congreso de Arqueología Peninsular, realizado en Zamora en septiembre de 1996, se reunió una Comisión Científica que decidió efectuar el 3º Congreso en Portugal, en la UTAD, en septiembre de 1999, habiéndosele encargado al secretario general para Portugal emprender las acciones necesarias para el inicio del proceso de organización del referido congreso (*Trabajos de Prehistoria*, 53(2), 1996: 189-193).

En la secuencia de esas acciones, y en coordinación con el Rectorado de la UTAD y con el nuevo secretario general de España, se definieron la Comisión Científica para el 3º Congreso y también el programa general, que se indican a continuación.

También se decidió, por la parte portuguesa, constituir una asociación (ADECAP) que pasará a encargarse de la coordinación de los congresos peninsulares a realizar en Portugal, sin perjuicio, naturalmente, de que otras instituciones pudieran adherirse al proceso de organización, según modalidades todavía por definir.

El modelo del 3º Congreso será descentralizado, basado en sesiones temáticas que ocuparán una mañana o una tarde. Cada una de ellas tendrá uno o dos coordinadores (en este caso uno por cada país) que se encargarán de invitar algunos ponentes, dejándose el tiempo siguiente para la presentación de otras comunicaciones que la comunidad arqueológica pueda proponer. Los coordinadores de sesión deberán encargarse igualmente de la recogida de los textos para publicación.

En cuanto sea posible, se publicará una lista de las sesiones temáticas y de los respectivos coordinadores, a los que deberán dirigirse los arqueólogos interesados en participar con alguna comunicación. Antes de que finalice 1997 se divulgará una ficha de pre-inscripción en el congreso para participantes con comunicación. En 1998 se difundirá el programa completo y las fichas de inscripción definitiva para todos los participantes.

Los secretarios generales del 3º Congreso saludan a la comunidad arqueológica peninsular y *apelan a la máxima colaboración de todos sus elementos de cara a esta «reunión plenaria», científica y profesional. Esa colaboración podrá revestir desde ahora mismo la forma de divulgación de esta noticia. Es deseable que las personas interesadas tengan conocimiento del Congreso con anticipación, para poder planear su agenda; y sobre todo es muy importante que los arqueólogos más capacitados, por su saber y experiencia, estén personalmente presentes en el Congreso, sin limitarse a enviar su texto para publicación, pues tal actitud es una negación del espíritu del Congreso.*

Desde ahora se anuncia también que habrá un estímulo muy especial a la participación de estudiantes y de jóvenes arqueólogos, según modalidades que serán anunciadas en su momento.

Oporto y Santander, enero de 1997

T. P., 54, n.º 1, 1997

SECRETARIOS GENERALES

Para Portugal: Vítor Oliveira Jorge (Facultad de Letras, Oporto)
Para España: Alfonso Moure Romanillo (Universidad de Cantabria)

COMISIÓN CIENTÍFICA

Bernardo Martí Oliver (Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia)
Carmen Aranegui Gascó (Universidad de Valencia)
Cláudio Torres (Campo Arqueológico de Mértola)
Fernando Molina Sánchez (Universidad de Granada)
Francisco Sande de Lemos (Universidad del Miño)
Germán Delibes de Castro (Universidad de Valladolid)
Ignacio Barandiarán Maestu (Universidad del País Vasco)
M^aIsabel Martínez Navarrete (CSIC, Madrid)
Javier Sánchez Palencia (CSIC, Madrid)
João Luis Cardoso (Universidad Nova de Lisboa)
João Peixoto Cabral (Instituto Tecnológico Nuclear, Sacavém)
Jorge Custódio (Asociación Portuguesa de Arqueología Industrial)
Jorge de Alarcão (Facultad de Letras de Coimbra)
Jorge Oliveira (Universidad de Evora)
José Manuel Vázquez Varela (Universidad de Santiago de Compostela)
José Meireles Batista (Universidad del Miño)
Juan Manuel Vicent García (CSIC, Madrid)
Luís Raposo (Museo Nacional de Arqueología)
Luiz Oosterbeek (Escuela Superior de Tecnología y Gestión, Tomar)
M^aDolores Fernández-Posse Arnaiz (IPHE, Madrid)
M^aEugenia Aubet Semmler (Universidad Pompeu Fabra, Barcelona)
Manuel Acien Almansa (Universidad de Málaga)
Manuel Bendala Galán (Universidad Autónoma de Madrid)
Manuel Martín Bueno (Universidad de Zaragoza)
Manuel Santonja Gómez (Museo Provincial de Salamanca)
Maria de Jesus Sanches (Facultad de Letras de Oporto)
Maria Manuela Martins (Universidad del Miño)
Mário Barroca (Facultad de Letras de Oporto)
Mercedes Roca Roumens (Universidad de Barcelona)
Miquel Barceló Perelló (Universidad Autónoma de Barcelona)
Primitiva Bueno Ramírez (Universidad de Alcalá de Henares)
Rafael González Antón (Museo Arqueológico de Tenerife)
Raquel Vilaça (Facultad de Letras de Coimbra)
Rodrigo de Balbín Behrmann (Universidad de Alcalá de Henares)
Susana Oliveira Jorge (Facultad de Letras de Oporto)
Teresa Júdice Gamito (Universidad del Algarve)
Vasco Mantas (Facultad de Letras de Coimbra)
Victor dos Santos Gonçalves (Facultad de Letras de Lisboa)

PROGRAMA GENERAL**Martes, 22 de septiembre**

15 h. Apertura de la secretaría para entrega de documentación e información general.
17 h. Conferencia de prensa.

T. P., 54, n.º 1, 1997

Miércoles, 23 de septiembre

- 9 h. Reapertura de la secretaría (hasta el día 25 a las 17 h.).
9,30 h. Ceremonia inaugural.
11 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de mañana habrá 4 comunicaciones y 1 debate.
15 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de tarde habrá 9 comunicaciones y 2 debates.

Jueves, 24 de septiembre

- 9 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de mañana habrá 7 comunicaciones y 2 debates.
15 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de tarde habrá 9 comunicaciones y 2 debates.

Viernes, 25 de septiembre

- 9 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión habrá 7 comunicaciones y 2 debates.
Tarde: excursión a Trás-os-Montes (ofrecida por el Congreso)

Sábado, 26 de septiembre

- 9 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de mañana habrá 7 comunicaciones y 2 debates.
15 h. Sesiones de trabajo. En cada sesión de tarde habrá 4 comunicaciones y 1 debate.
17,30 h. Ceremonia de clausura.

Domingo, 27 de septiembre

Excursiones post-Congreso (por inscripción)

PARA OTRAS INFORMACIONES CONTACTAR:

Associação para o Desenvolvimento da Cooperação em Arqueologia Peninsular (ADECAP)
R. Aníbal Cunha, 39-3º andar- sala 7. 4050 Porto. Portugal. Fax (0)2-2026903